LAS DAMAS OSCURAS II: LA SOMBRA DE MAGALÍ

M.J. Marcos Fuster

LAS DAMAS OSCURAS II: LA SOMBRA DE MAGALÍ

M.J. Marcos Fuster

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2021
© M.J. Marcos Fuster, 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-18844-92-8
IBIC: FP

A mis padres, Pepita y Pascual, por darme la vida y creer en mí,
a pesar de mis errores.

A mis amigas "de corazón negro", por estar siempre ahí,
incluso cuando pensaba que no era así.

PRÓLOGO

«¿Qué cambiarías de tu existencia si vivieras mil años?», me preguntó, cierto día, mi nieta. «Si viviera mil años, viviría del mismo modo, sin alterar absolutamente nada, porque todo lo que me ha sucedido, tanto los sufrimientos como las alegrías, me ha convertido en lo que hoy soy», fue mi respuesta.

Crecí a la sombra de unos valores que nunca llegué a poner en práctica, siendo el amor mi única prioridad, hasta convertirse en obsesión cuando le conocí a él. Entonces, mis sentimientos se volvieron del revés y pasé de anhelar su presencia constantemente, a conformarme con saber que estaría siempre que yo se lo pidiese; aunque jamás conmigo y siempre con ella, mi relación con el hombre de mi vida alcanzó la perfección que ambos necesitábamos. Nos teníamos desde el ocaso y nos amábamos con nocturnidad, como las bestias que temen ser destruidas por la luz solar con la llegada del nuevo día. En nuestro caso, los rayos del astro eran todos aquellos que ignoraban nuestro secreto, es decir, la humanidad en general. Gustavo siempre me profesó el respeto que una mujer de bien desea recibir de su amado, pero sin ser su mujer y sin hacerlo del modo correcto; las mentiras se convirtieron en el motor de nuestra razón de ser. ¿Injusto? No, inevitable, dado que nunca hubiera podido ser de otra manera.

Mi preciosa niña, ni nieta predilecta Deby, parece compartir mi destino. Su interés no fue gratuito; ella también ha descubierto un universo diferente que la ha transformado por completo. Ha dejado de ser quien era para convertirse en lo que debería ser, con tal de preservar lo que la mantiene con vida. Su esencia nada tiene que ver con todo lo anterior. Sí, sufre, sé que sufre y que habita atrapada entre el deber y el querer. Su corazón le clama liberación, pero su mente le ruega prudencia. ¡Incluso, yo misma he tratado de guiarla por el buen camino, por el sendero de la sinceridad y de la honestidad! No

obstante, todos mis esfuerzos han resultado en vano. Deby no está dispuesta a renunciar a aquel al que ama con desconsuelo, aceptando lo inaceptable.

Nunca fui lo que los demás esperaban de mí; algunos lo supieron, otros nunca lo descubrirán. Al principio, sentí miedo. Sin embargo, conforme mi mentira tomaba forma, me iba relajando más y más, hasta acomodarme del todo en sus faldas; acogí la falsedad como estilo de vida y el resultado, lejos de decepcionarme, me hizo ver que había valido la pena. No era su *señora* a los ojos de nadie, ni tan siquiera su *amiga*. No obstante, para él era eso y mucho más; su parecer era lo único que me importaba. Vivir entre secretos ha sido la mejor decisión que he tomado en toda mi existencia, puesto que soy consciente de que, de haber hecho «lo correcto», no hubiese tenido al hombre que *me llenaba el pelo de arena*.

¿Es esto lo que hubiera deseado para cualquiera de mis hijas y para mi nieta? De ninguna manera. Amé con plenitud a Gustavo, pero también sufrí sin medida pensando que, cada noche, podía ser la última. Lo que yo acepté no es de recibo en ningún caso, por eso, en estos momentos, vuelvo a sentir miedo al percatarme del modo, tan peligroso, en que mi Deby se enfrenta a lo que ella llama amor. «¿Qué buscas para ser feliz, *nenita*?», le cuestiono siempre que tengo ocasión, a lo que ella me contesta que no aspira a la felicidad, sino a luchar por quien no puede tener. Los terrores a una renuncia, los secretos o las mentiras son ingredientes que se saborean en cada receta de amor; en algunos casos, con intensidad; en otros, con sutileza. Pero siempre están. Ninguna unión es pura porque, tal y como sucede con el bien y el mal, el amor no es absoluto sino cruelmente relativo. Los atisbos de luz son nuestra única esperanza para seguir adelante, plantando cara a la oscuridad. Pero, ¿y si las sombras fuesen el camino? En ocasiones, debemos descender a los infiernos y sucumbir al pecado para librar a nuestra alma de las cargas que, con tanta hipocresía, ocultamos.

Existen varias maneras de vivir: Entre tumbas, lamentando lo que podría haber sido y sacrificando el amor verdadero; o de la *otra manera*, la cual, por cierto, implica lo que sea con tal de alcanzar el objetivo. Porque, en cuestiones de amor, el fin sí justifica los medios. No existe nada más terrible que amar siendo amado, pero mirando hacia otro lado.

No, mi querida Deby. No deseo que pases por lo mismo que yo; no te mereces vivir en las sombras, ni a la sombra de nadie. Ignoro lo que pasa por tu *cabecita,* de un tiempo a esta parte, pero tampoco me atreveré a aconsejarte

más, puesto que yo misma he sentido lo que tú ahora; yo también he mirado a mi amor a los ojos preguntándome, en silencio, por qué las cosas no pueden ser más sencillas. Igualmente, he deseado salir huyendo para alejar tanto dolor de mí para siempre, aunque arrepintiéndome al segundo; yo misma he temido al amado y deseado al que siembra la zozobra en mí. Sí, mi querida Deby, yo he sentido todo esto. Por tal razón, no pienso asesorarte jamás sobre el hombre al que te deberías entregar, debido a que soy consciente de que, con cualquier otro que no fuera él, descubrirías el verdadero significado de la soledad.

Debla Torres Carcelén

No sé ni qué hora es. El móvil no para de sonar, a pesar de que yo lo ignoro vilmente. Me giro en la cama para dar la espalda al infernal ruido que perturba mi descanso. Llevo más de un año de «vacaciones». Desde que salí precipitadamente de *All the Girls*, no he vuelto a trabajar. Mi antiguo jefe, Jaime, me llamó para ofrecerme un puesto con mayor responsabilidad y sueldo. Al parecer, Violeta, su *niña bonita* y joven promesa, resultó un fracaso. Por supuesto, no tuve dudas a la hora de pronunciarme al respecto de semejante propuesta: «Vete a tomar por el culo, Jaime».

Así que estoy en paro desde entonces. Me lo estoy tomando con calma. Me levanto tarde, desayuno en mi terraza, me adentro en el mar a remar siempre que puedo, junto a otras mujeres que he conocido gracias a este regalo de la naturaleza —privilegios de vivir en Alicante— y me echo la siesta a diario. Necesitaba un cambio, la verdad, —otro más sin rumbo como el anterior— y este *impasse* ha llegado en el momento apropiado.

El teléfono ha dejado de martirizarme, aunque, transcurridos treinta segundos, vuelve a la carga.

—¡Deb! ¡Te están llamando! ¿Es que no lo oyes? —me grita Samuel desde la ducha.

Ronroneo un poco, haciéndome la esquiva. ¡Paso de responder! No espero ninguna llamada. Pero la insistencia del terminal acaba por desquiciarme del todo, así que me decido a descolgar. Antes de hacerlo, me fijo en la interminable ristra de números que copa la pantalla.

—¿Sí? —me intereso con la voz ronca, somnolienta.

—¿Debla De la Vega? —inquiere una mujer al otro lado.

—Soy yo —confirmo, incorporándome en la cama.

—Le llamo de Editorial Cóndor. Nos ha llegado su currículum y nos gustaría citarla para una entrevista. ¿Está interesada en el puesto?

¿¿¿QUÉ???

No recuerdo haber enviado mi currículum a esa editorial, bueno, ni a esa ni a ninguna porque llevo dándole largas al mercado laboral desde *All the Girls,* y desde la fatídica vivencia junto a su perturbada *CEO,* Olga Torralba. Dudo en mi respuesta y la buena señora insiste.

—¿Señorita De la Vega? ¿La apunto para mañana a las quince horas?

—Mmm, vale. ¿Y de qué es el puesto, si se puede saber?

La mujer guarda silencio. Posiblemente, esté pensando que soy una imbécil integral al registrarme en una oferta de trabajo cuyos pormenores ni tan siquiera me he molestado en conocer. Pero su sorpresa es superada con creces por la mía. ¿De dónde viene esta propuesta laboral?

—El puesto es para Ayudante del Editor. El señor Simón Valcárcel la recibirá en nuestra sede. Por favor, anote la dirección.

Me levanto como un resorte en busca de bolígrafo y papel. En ese momento, Samuel sale de la ducha, con la toalla anudada a la cintura, despotricando de mí por ser tan perezosa hasta para responder una llamada. Yo gruño y hago aspavientos en el aire para que se calle, haciéndole saber que estoy al móvil. Él cierra la boca de inmediato y se sumerge en el armario en busca de su ropa; se marcha a trabajar.

—Dígame, por favor —le suelto a la señora con inmensa amabilidad y con el bolígrafo entre mis dedos.

Ella me da las señas, tras lo que le agradezco sus atenciones y me despido hasta el día siguiente. Samuel aguarda en la puerta, esperando noticias. Está vestido con su uniforme. Es piloto comercial en una compañía aérea española.

—¿Y bien?

—Tengo una entrevista de trabajo… —murmuro con la mirada perdida.

—¡Eso es genial! ¿Alguna agencia? ¿Medios de comunicación?

Samuel prueba, sin éxito, con varios de mis campos profesionales en su afán de adivinar mi próximo destino laboral.

—¡No tienes futuro como vidente! —bromeo—. ¡Nada de eso! Se trata de una editorial. ¡LA EDITORIAL!

Es verdad, Cóndor es la editorial por excelencia. Esta aúna a los mejores de cada género. Cuenta con una vertiginosa actividad: convoca premios anuales, tertulias literarias para *amateurs*, conciertos y un largo etcétera. Su proyección es brutal. ¡Aún no me puedo creer que esto me esté sucediendo a mí! Sin buscarlo, y casi sin merecerlo, estoy a punto de pasar a formar parte de una de las empresas más importantes del país. ¡Menudo golpe de suerte!

—¡Ostras! ¡Qué pasada!

—No te emociones tanto que solo es una entrevista —añado tratando de disimular mi euforia interna. Prefiero ser precavida, ya que luego llegan las decepciones y yo, de eso, voy bien servida.

Él me mira con fogosidad, se acerca a mí y me besa en los labios.

—Bueno, algo es algo. Sé buena, ¿vale? ¡Me marcho ya o llegaré tarde! No regresaré hasta esta noche, así que no me esperes levantada.

—Nunca lo hago.

Samuel cierra la puerta de la calle y yo, sin demora, decido ponerme en marcha. Primero, marco el número de mi amiga Amalia, a la que conozco desde los tres años. Es la mejor estilista de cabello que existe. Me entrego a sus prodigiosas manos desde que tengo uso de razón. ¡Nadie mejor que ella para ponerme a punto para una cita como la que me espera! Tras confirmarme que «siempre tengo sitio para ti, cariño», Amalia me apunta en su agenda para esta misma tarde. Después, hago lo propio con mi esteticista de cabecera, Silvia, con la que también he quedado hoy.

Concertados mis compromisos con la belleza, me meto en la ducha. Mientras me realizo un concienzudo masaje en el cuero cabelludo con mi champú de espino blanco, elucubro sobre mi posible nuevo trabajo. «Es justo lo que necesito —me digo—, una empresa de esa envergadura me ayudará a centrarme del todo». Pero nunca he trabajado en el sector editorial y eso, de algún modo, me inquieta. Aunque, por otro lado, no puedo negar que me resulta fascinante. La incógnita de cómo han dado conmigo, sin yo buscarlo, es lo que más me intriga. «¿A través de LinkedIn?», me cuestiono, consciente de que no actualizo mi perfil en esa red profesional desde hace siglos. «Pero ¡qué dejada eres, Deby!», me recrimina mi vocecilla interior.

Salgo de la ducha rumiando el tema. No obstante, mis citas con la belleza son mi máxima prioridad en las próximas horas, por lo tanto, tras recoger mi larga melena castaña en un improvisado moño y enfundada en unos vaqueros desgastados, camiseta de tirantes negra y unas sandalias de piel con tiras, salgo de mi piso con energía, dispuesta a resucitar a la Deby de antaño.

***

14.42. ¡Ha llegado el día! Me encuentro en el sitio correcto, a la hora casi exacta. Ante mí, un edificio de cuatro alturas se alza poderoso en pleno centro histórico de Alicante. Alrededor de este lugar, hay otros inmuebles de

estética similar, así como multitud de establecimientos de ocio, bares y restaurantes de moda. Tampoco podían faltar las boutiques más exclusivas.

—¿Así que esta es la sede central de Cóndor? —me pregunto en voz alta sin dejar de contemplar, embobada, semejante maravilla arquitectónica.

Se trata de una construcción que ha sido rehabilitada, erguida a partir de mármol blanco que combina a la perfección con las balaustradas del mismo color, salpicadas por toda la fachada. Los ventanales han sido decorados con llamativas vidrieras que, desde fuera, lucen como cuadros.

—¡Menuda pasada!

La entrada principal está a la altura del conjunto, muy señorial: robusto portón de madera con vigilancia las veinticuatro horas. En el muro exterior luce una brillante placa con las palabras: Cóndor Editorial, impresas sobre acero. Tras varios minutos de ensimismamiento con efecto «*wow*», me decido a entrar. El conserje me da los buenos días, interesándose por el motivo de mi visita. Yo le suelto las explicaciones pertinentes y él, con exquisita amabilidad, me indica hacia dónde debo dirigirme. Planta 1, Recursos Humanos, preguntar por Carmen Ponce.

Subo por las escaleras, también de mármol blanco. Mis tacones resbalan ligeramente sobre este pavimento, aun así, llego sana y salva al sitio en cuestión donde, por cierto, hay mucha gente trabajando en mesas corridas. Para mi desgracia, ninguno de ellos me presta la más mínima atención.

—¿Carmen Ponce, por favor?

Digo el nombre de la persona en voz alta, en vano. Lo repito un par de veces más hasta que un chico, con gafas y perilla, levanta la cabeza de su ordenador. Juraría que me está desnudando con la mirada, pero no le juzgo. Hoy, estoy espectacular gracias a la incuestionable labor de mi peluquera y esteticista. Mi melena castaña luce con más cuerpo, desmontada en varias capas para dar volumen y con un brillo increíble, fruto del tratamiento con keratina. Silvia, por su parte, me ha dejado una manicura digna de admirar: uñas cuadradas y de un rojo sangre muy seductor. Puesto que soy más dada a los maquillajes sencillos, he optado por una base clara que realza mi tono de piel natural, polvos sueltos para fijar y sombra de ojos *nude* con un perfecto *eyeliner,* además de máscara de pestañas. Unos toques de colorete color melocotón y brillo de labios rosado completan mi *look*. En cuanto a la ropa, tras probarme mil *outfits* distintos, me he decantado por un vestido ceñido en

color celeste de escote *halter*. Es muy profesional, a la par que sexy, ya que la espalda queda totalmente al descubierto.

—Ah, sí. En esa puerta. Te acompaño —reacciona el chico, por fin. El pobre, no tendrá más de veinte años. Joven e inexperto con las mujeres, no puede evitar ruborizarse cuando le guiño un ojo a modo de agradecimiento.

Ya frente a la puerta donde se supone que está la tal Carmen Ponce, golpeo con los nudillos enérgicamente.

—Pase —reza una áspera voz desde el interior.

Empujo tímidamente y me preparo para deleitar al personal con la mejor de mis sonrisas. Desafortunadamente, Carmen Ponce no está por la labor. Me examina sentada detrás de su mesa, semioculta tras unas enormes lentes de pasta; su gesto es huraño.

—¿Debla De la Vega? ¿Eres tú? —dice arrancándose las gafas de la cara.

—Sí…

Me mira de arriba a abajo. Mi figura le incomoda, le desagrada ver a una mujer joven, bien vestida y sonriente ante ella.

—¿Es usted quien me va a hacer la entrevista? —inquiero con cierto nerviosismo.

Ella enarca una ceja con gesto inquisidor y niega con la cabeza.

—No y sí. Yo le haré algunas preguntas y luego pasará con nuestro Editor Jefe y CEO. Él será quien le haga la entrevista definitiva —escupe con desgana.

Asiento, un poco más aliviada, y me acomodo en la silla que me ofrece. Respondo a cada cuestión laboral y personal que me hace. Tras unos diez minutos de interrogatorio, me anuncia el final para enviarme, enseguida, a la planta 4 donde se encuentra Dirección.

—Allí la espera el señor Simón Valcárcel. Gracias, es todo.

***

En las altas esferas, el ambiente es distinto, todo muy acogedor y diáfano. La decoración resulta la mar de moderna, abusando de los tonos blancos y contrastando con el aspecto barroco del inmueble. El mármol vuelve a ser el material predominante y abundan las flores frescas por doquier. No hay mucha gente trabajando, de hecho, casi nadie, salvo la secretaria del CEO que

me da la bienvenida nada más verme. Me fascina el halo de paz y sosiego que desprende este lugar.

—¿Señorita De la Vega?

Sonrío mientras estrecho su mano.

—Mi nombre es Sofía y soy la secretaria personal del señor Valcárcel. Él ya la está esperando. Pase por aquí, por favor.

La sigo con determinación. Cruzamos un salón revestido en madera natural y llegamos a otra estancia que se encuentra cerrada. Dos puertas de cristal opaco blindan su interior; Sofía golpea una de ellas. Sin demora, una voz desde el otro lado le autoriza el acceso. La chica me mira y me hace una seña para que pase.

—Gracias —le suelto antes de acceder al despacho, con paso firme.

Ante mí, se halla un hombre de unos cuarenta y pocos años, pelo rubio, delgado y no muy alto. Su rostro es afable y tiene unos ojos marrones muy expresivos. Parece satisfecho con la primera imagen que le brindo de mí misma, puesto que sonríe abiertamente. Me analiza sin disimulo, recreándose en mi cabello, mis manos… El tío, además, no se corta ni un pelo a la hora de mirarme las tetas. No me siento ofendida, puesto que soy demasiado madura como para hacer caso a gilipolleces como esta, así que me limito a seguir sonriendo. A mi entender, el verdadero poder de la feminidad reside en ser dueña de tus decisiones y yo lo soy. Ahora, sí lo soy.

—Debla De la Vega… Un placer. ¡He escuchado maravillas de ti!

Arqueo las cejas, sorprendida. ¿Quién le ha hablado de mí?

—Gracias.

—Lo cierto, es que lo de hoy es un mero formalismo, una excusa para conocernos antes de tu primer día, puesto que ya estás dentro de la gran familia Cóndor, si así lo deseas tú también, claro.

¡Estoy alucinada! Como caído del cielo, tengo ante mí el trabajo de mis sueños con un horario flexible, un sueldo mucho más alto de lo que podría imaginar y coche de empresa. ¿Esto es una broma? Continúo sin dar crédito a mi golpe de suerte. ¿Y así de fácil? ¿Ya está? «¡Será el karma! —me reza mi voz interior—, después de tanto sufrimiento, ¡al fin algo positivo en tu asco de vida!». Propino un puñetazo imaginario a mi maldita vocecilla por recordarme todo aquello y vuelvo a centrarme en mi interlocutor de carne y hueso. Necesito saber cómo ha dado conmigo y quién le ha facilitado esas referencias que él mismo ha mencionado.

—Perdone, señor Valcárcel.

—Simón.

—Simón. ¿Quién…?

No me permite acabar. Se echa a reír escandalosamente.

—Hay preguntas que están de más. Tú, querida Debla…

—Deby.

—Deby —repite mostrando sus perfectos y blancos dientes en una abierta sonrisa—. Eres buena y punto. Yo quiero en mi empresa a los mejores. El modo de conseguirlo o mis informadores son cosa mía. Como periodista que eres, sabrás que las fuentes no se revelan bajo ningún concepto.

Touché. Me callo y asiento. Estoy agradecida por la oportunidad, pero intrigada por todo lo demás. Desearía conocer a la persona que se ha tomado tantas molestias en recomendarme para un puestazo de estas características.

—La verdad, es que no sé qué decir. ¡Tan solo que acepto!

Él sonríe de nuevo, satisfecho y estrechando mi mano para darme la bienvenida oficial a la empresa.

—Dependerás de mí directamente, ¿vale? Te voy a presentar a mi mano derecha, Romina Forner. Ella será tu instructora.

Al segundo, una altísima mujer cruza la estancia. Los ojos de Simón se pierden en su pronunciado escote. Luce una melena larga, negra y brillante recogida en una coleta tirante. Su tez es muy morena y su maquillaje exótico, a juego con sus ojos rasgados. Sus labios, nada exentos de artificios a juzgar por el excesivo volumen de estos, se abren y cierran de un modo muy sugerente. A su lado, yo parezco una adolescente. Y es que somos como la noche y el día, nuestras pieles simulan arenas de playas distintas; la mía blanca y la suya tostada, tal y como sucede con nuestros cabellos. Creo que al tal Simón le va la variedad. Romina es muy atractiva, no cabe duda.

—¡Hola! —Parece simpática.

—Encantada, soy Deby —me presento haciendo alarde de todos mis encantos.

Ella responde con dos sonoros besos en mis mejillas, mientras su larga cabellera me abofetea. Simón nos observa contento. Hemos conectado y eso le tranquiliza.

—Romi, Deby empieza mañana. Enséñale su despacho y cuéntale cómo funcionamos, ¿quieres?

Ella, con la sonrisa más atrayente que he visto en mucho tiempo en una mujer, le hace saber que así lo hará.

—Ven, cielo, que te mostraré todo esto. Por cierto, ¡qué nombre más bonito tienes!

—¡Gracias! ¡El tuyo también es precioso! —replico tratando de estar a la altura, en cuanto a halagos se refiere.

Romina me hace un *tour* rápido por todas las dependencias de Cóndor. Descubro una empresa ejemplar, bien organizada y muy profesional. No puedo evitar ilusionarme con este nuevo proyecto que supone todo un reto en mi vida laboral.

Mi despacho es fabuloso. También está en la planta 4, junto al del CEO y su bella «mano derecha». Mi oficina es luminosa, clásica pero elegante. Mi mesa, un gran tablero de madera oscura, llama la atención nada más entrar. Debe medir, al menos, tres metros. Tras ella, un imponente sillón de cuero negro y estanterías atestadas de libros, todos ellos publicaciones de la editorial. Junto las manos, cual princesa en un mundo de hadas y duendes, y fantaseo con esta oficina que me hace parecer importante y poderosa. ¡Estoy feliz de haber sido víctima de semejante capricho del destino!

Mientras me recreo con cada detalle de mi nuevo puesto de trabajo, Romina me explica cuáles serán mis tareas. Habla muy deprisa y yo asiento todo el rato sin hacerle demasiado caso, hasta que se percata de que mi cabeza está en otra parte y abandona su discurso.

—Te dejo a solas para que te hagas a tu nueva ofi —me anuncia guiñándome un ojo. Sus pestañas postizas son extremas y muy tupidas—. Luego, baja a hablar con Carmen y a firmar el contrato, ¿ok?

En cuanto Romina se marcha, aprovecho para brincar con emoción en medio del enorme salón, también conocido como «el despacho de Deby». Mi nueva compañera me acaba de comentar que colocarán una placa con mi nombre y mi cargo junto a la puerta. ¡Alucinante!

Recorro cada rincón de la estancia prestando especial atención a las estanterías. Me detengo ante una de ellas para repasar los nombres de los autores, cuyos libros la atestan, deslizando mis dedos de impecable manicura por sus lomos. Tras estas tapas duras se esconden infinidad de historias de literatos de todo tipo: autores jóvenes sedientos de éxito, además de otros muchos más veteranos y auténticos gurús con innumerables triunfos a sus espaldas. Todos ellos, importantes promesas en cada uno de sus géneros. Uno de mis

cometidos será conocerlos por sus nombres y apellidos, así que, sin dilación, me dispongo a invocarlos en voz alta para memorizarlos. ¿Realmente seré capaz de acordarme de todos? ¡Más me vale!

De pronto, el corazón se me para y la sangre se congela en mis venas al toparme con un ejemplar sobre cuya portada están grabadas las iniciales B.B. de Castro; *Ardiente cadáver* reza el título. Me quedo sin palabras y trago saliva con aspereza. Beltrán Bonheur de Castro, mi Beltrán. La habitación comienza a dar vueltas a mi alrededor, fruto del vértigo que siento al resucitar su nombre y, por consiguiente, todo lo que este evoca; vivencias de un pasado no muy lejano que todavía me atan a él.

Ha transcurrido más de un año desde la última vez que vi y sentí a Beltrán y, a día de hoy, aún no he logrado arrancar su recuerdo de mi mente, ni de mi cuerpo.

«Nunca, nadie te mirará como yo. Entré en ti y te hice mía para siempre. Jodidamente mía, mi ardiente Deby…», me dijo antes de desaparecer de mi vida. Y aquí está de nuevo, de cuerpo presente en mi despacho a través de sus manuscritos. ¡Me siento morir! El brusco crujido de la puerta al abrirse me arranca de mis pensamientos. Simón, mi nuevo jefe, hace acto de presencia junto a su inseparable Romina.

—¡Aquí está nuestro fichaje estrella! —bromea con simpatía.

Le contemplo aún desconcertada por mi reciente descubrimiento.

—¿Beltrán Bonheur de Castro publica en esta editorial? —inquiero con dificultad, puesto que pronunciar su nombre es como invocar al maligno.

Simón hace un gesto de reverencia como si le hablara de un dios sagrado o algo así.

—Beltrán de Castro, como prefiere que se le conozca, de ahí a que su primer apellido lo ponga a modo de inicial. Líos de familia, creo —afirma encogiéndose de hombros, pero sin renunciar a su sonrisa de triunfador.

Arrugo la nariz. Ignoro todo eso. Descubrí su apellido por casualidad, por tanto, desconozco si reniega de él o no. Lo cierto es que desconozco todo lo relativo a su siniestra existencia. Tan solo sé que se trata del hombre que me hizo perder la dignidad y la razón.

—Es nuestra gallina de los huevos de oro —añade Romina mostrando las brillantes perlas de su boca.

Me percato de que lleva un *piercing* en uno de sus colmillos, una especie de diamante sintético. Sonrío con malicia al escuchar la palabra «huevos» en la misma frase que el nombre de Beltrán.

—Tendrás el gusto de conocerle en breve —concluye con un gesto que me hace desconfiar.

La observo y esta vez con recelo. Reconozco esa cara porque es la misma que yo solía poner cada vez que miraba a los ojos a mi perverso Adonis. Sin poder ejercer ningún control sobre mí misma, me enciendo por dentro ante la posibilidad de que la tal Romina haya tenido algo con mi hombre, aunque tratándose de Beltrán no me sorprendería en absoluto.

¡No le quiero ver! ¡No quiero volver a cruzarme con «ÉL» en mi vida! Ahora, ya no. Estoy estable, dentro de la gravedad. Sobrevivo sin su veneno. Malvivo sin «ÉL». Me conozco, su mera presencia provocaría mi caída en picado a su universo de crueldad. ¡Me haría perder la razón, otra vez! Me lanzaría a sus brazos sin cuestionar nada. ¡No puedo! ¡No debo! ¡Pero le deseo! Ni la distancia, ni el tiempo han podido con eso.

Continúo observando a Romina y analizo la expresión de Simón, cuyas comisuras persisten en posición ascendente. Beltrán lo está haciendo de oro. Entonces, ato cabos: mis méritos profesionales nada han tenido que ver en este cambio de rumbo laboral, ni tan siquiera se trata de un golpe de suerte. No. Sin duda, «ÉL» es el único responsable de que yo hoy esté en Cóndor. Llegados a este punto, me sumo en un dilema moral: ¿Debería aceptar el puesto sabiendo de dónde proviene? ¿Con qué intenciones lo habrá hecho? ¿Pensará que me debe algo y por eso ha tratado de ayudarme?

Suspiro con resignación y sin un ápice de la ilusión inicial.

—¿Va todo bien? —se interesa Simón tras advertir algo extraño en mi mirada.

—Sí, claro —miento—. Tan solo pensaba en las rarezas de algunos escritores. No sé si lograré hacerme con ellos.

—¡Desde luego! ¡Lo harás muy bien! —exclama Romina tratando de infundirme confianza—. Si te refieres a Beltrán, es cierto que su fama le precede, pero tan solo hay que saber llevarlo.

Lejos de relajarme, en mi interior saltan todas las alarmas ante otra evidencia de que entre ella y él existe algo más que una relación estrictamente profesional. No me gusta el modo en que Romina habla de mi hombre. Tampoco a Simón, que la fulmina con sus expresivos ojos marrones. Pero